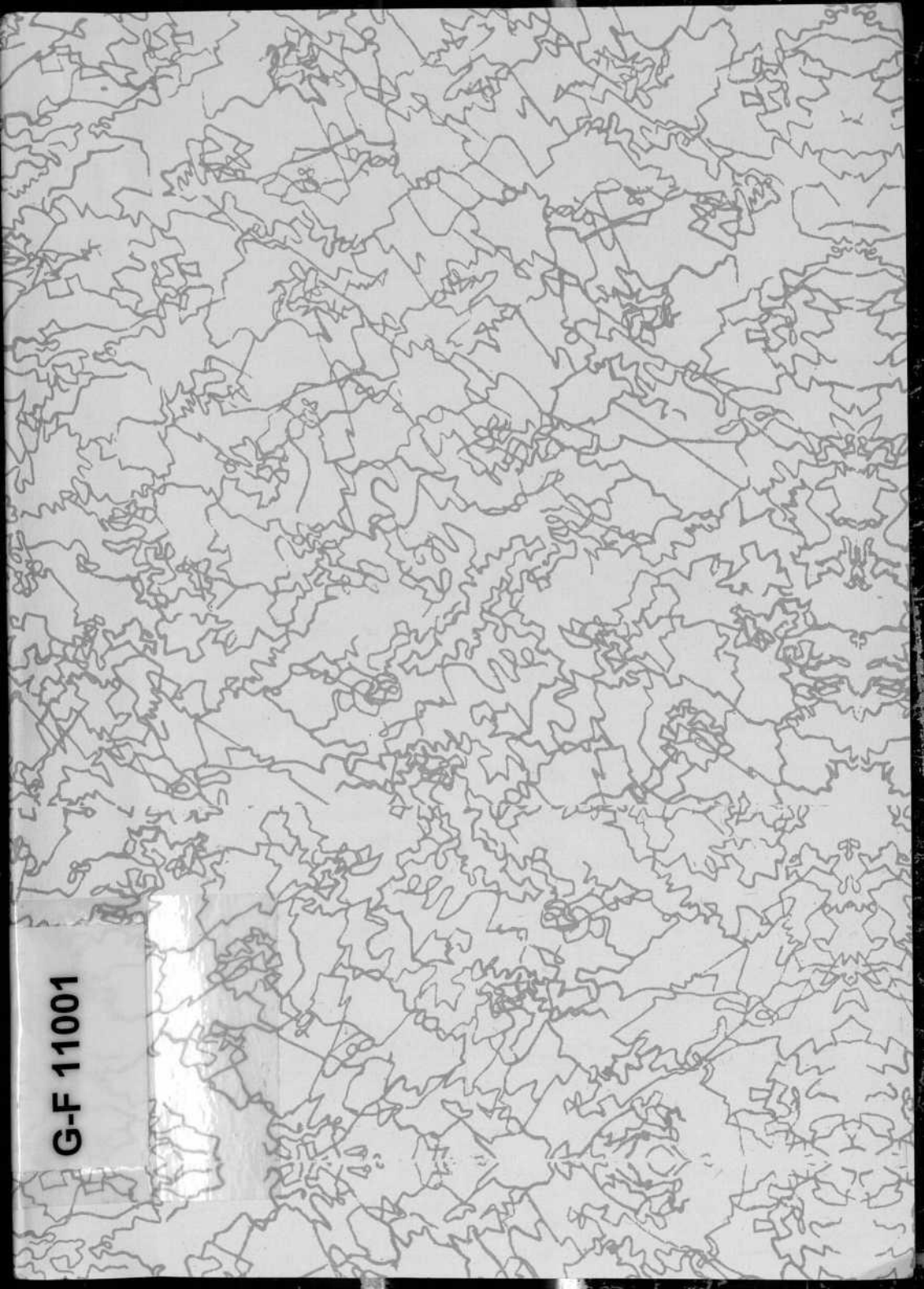


G-F 11001



1860

DGCE
A

12

SERMON

QUE EN LA SOLEMNÍSIMA FUNCION DE ACCION DE GRACIAS
POR LA PAZ AJUSTADA CON EL EMPERADOR DE MARRUECOS,
CONSAGRADA Á LA IMÁGEN

DE LA

SANTISIMA VIRGEN DE SAN LORENZO

PATRONA DE VALLADOLID,

POR SU M. I. COFRADIA,

PREDICÓ

DON JOSÉ QUEVEDO,

Arcediano de esta Santa Iglesia Metropolitana

EL DIA 17 DE JUNIO DE 1860.



Con licencia Eclesiástica.

VALLADOLID:
IMPRESA DE D. LUCAS GARRIDO.

1860.

CB. 1168757
Tt. 135183

1888

QUE EN LA SOCIEDAD LEONESA DE SEÑOR DE GRACIAS
POR LA INSTALACION DE SEÑOR DE GRACIAS
EN LA SOCIEDAD LEONESA DE SEÑOR DE GRACIAS

SEÑOR DE GRACIAS DE SAN LUCAS

PATRONA DE VALLADOLID

EN LA SOCIEDAD LEONESA DE SEÑOR DE GRACIAS

1888

SEÑOR DE GRACIAS DE SAN LUCAS

SEÑOR DE GRACIAS DE SAN LUCAS

EN LA SOCIEDAD LEONESA DE SEÑOR DE GRACIAS



SEÑOR DE GRACIAS DE SAN LUCAS

VALLADOLID

Imprenta de la Casa de Gracia

1888



R. 103764

Servabis pacem; pacem, quia in te speravimus. Isaiaë Cap. 26. Y. 3.

Conservarás la paz; la paz, porque hemos esperado en vos. Isaias Cap. 27. Y. 3.

SEÑORES: si yo hubiera de hablaros hoy de la paz, que nuestro Gobierno acaba de ajustar con el imperio de Marruecos, en el lenguaje que usan el guerrero ó el político; si hubiera de analizar sus ventajas palpables de hoy, y sus alagüenas y fundadas esperanzas para el porvenir, por los medios que la estratégica y la diplomacia emplean en sus combinaciones, y por la apreciacion que hacen de sus resultados; la historia de Europa, y muy particularmente la de nuestra Nacion en lo que va trascurrido del siglo diez y nueve, la multitud de acontecimientos extraordinarios, que con la precipitacion y violencia que las aguas se desprenden de una grande y elevada catarata, han caido sobre nosotros, y han alterado y conmovido profundamente las bases de nuestra existencia político social, me suministrarían datos abundantes para hablaros el lenguaje de las pasiones, é inclinar vuestro ánimo al objeto que me propusiera; y facilísimo me sería encender en vuestro pecho el fuego del amor pátrio, y sobreescitar vuestro orgullo nacional en favor de la guerra, porque

:

preciso es confesarlo, la antigüedad lo ha escrito en mármoles y broncees, la historia lo ha consignado en sus páginas, la Europa de hoy lo confiesa, en la guerra somos grandes, valientes, heroicos. La guerra de la Independencia, la guerra de Africa, son dos periodos de nuestra historia moderna, tan brillantes, que oscurecen á los mas encomiados de la antigüedad; nuestros soldados de hoy, los vencedores en los Castillejos, Tetuan y Gualdrás, nada tienen que envidiar á los soldados de Ciro, Dario, ni Xerges: ni á las huestes de Anibal, Pompeyo, Scipion ni César, ni á la guardia imperial del Napoleon primero. ni á los Zuavos del tercero: su bravura, su abnegacion y su heroísmo solo es comparable á si mismos, al de los soldados Españoles que vencieron en Clavijo y en las Navas, en el Salado y Algeciras, en Olmedo, Granada y Lepanto, á los que pelearon á las órdenes del Cid, del Emperador Carlos V, del Gran Capitan, de Hernan Cortés ó de Castaños.

¿Pero podria aducir hechos parecidos, apoyar mi opinion en los datos históricos, ó recordaros épocas de tanto entusiasmo para recomendaros la paz? Desgraciadamente no, porque apenas hemos disfrutado sus dulzuras, apenas sabemos lo que es paz desde que hay memoria de nuestra existencia como nacion. Además de las guerras que aflijieron á nuestra patria y cuya memoria se pierde en la oscuridad de los tiempos, las de los Cartagineses y Romanos, cuasi se enlazaron con las de los Godos y Suevos, Vándalos y Alanos; apenas se habia afirmado la dinastía Goda cuando se vió talada nuestra península por una guerra de siete siglos, que comenzó en la lamentable derrota del Guadalete, y terminó en el magnífico triunfo de Granada. No bien los Reyes Católicos han formado la unidad nacional, y ya las guerras de Cár-

los V en Alemania, Francia é Italia, las de Felipe II en Picardia, Bélgica é Inglaterra, las de sus sucesores en Flandes y Portugal llenan el espacio que media hasta el cambio de dinastía, precedido de una minoría turbulenta y desastrosa, y seguido de una guerra de sucesion, que devastó por espacio de once años nuestra pátria querida. Un medio siglo de respiro es el único período que en la edad moderna ha podido dejarnos traslucir muy escasamente lo que podría llegar á ser nuestra nacion, la grandeza á que se elevaria disfrutando largo tiempo de la paz.

Pero ni aun esta época puede servirnos de tipo para apreciar completamente los resultados de la paz, porque no fué de perfecta salud y robustez, no hemos tenido mas que períodos mas ó menos largos de convalecencia, porque las guerras son para las naciones, lo que las enfermedades agudas para el cuerpo humano, destruyen y aminoran sus fuerzas de un solo golpe, y por corto que sea el ataque, sus consecuencias duran por mucho tiempo, y las recaidas son fatales. Los reinados de Fernando VI y de Carlos III, fueron ese periodo de convalecencia, y sin embargo aun hoy nos envanecemos de las ventajas entonces adquiridas, de los manantiales de prosperidad entonces abiertos. Por desgracia el reinado que les sucedió ahogó en gérmen aquellas semillas fecundas, el terrible sacudimiento que sufrió la Europa impidió su desarrollo, nuestra recaida vino demasiado pronto, la guerra de la independencia demostró al mundo que España es una nacion de héroes, fué para nosotros gloriosísima, muy ventajosa para Europa, pero dejó nuestra tierra regada con la sangre de sus hijos, cuyos robustos brazos echaron de menos la agricultura y la industria, nuestros fértiles campos quedaron talados, nuestras ciudades arruinadas, nuestros

hogares incendiados, y exhaustos nuestros tesoros. Al concluir aquella guerra apenas nos quedaba mas que la gloria de vencedores.

Desde entonces ¿qué podria yo decir en favor de la paz, cuando apenas hemos podido pronunciar su nombre consolador? Nada si hubiera de apoyarme en hechos que fuesen consecuencia de ella, pero mucho, muchísimo podria demostrar tomando la prueba á contrario. Podria trazar á grandes rasgos las consecuencias desastrosas de nuestras discordias interiores, las lamentables desgracias causadas por nuestras guerras civiles, para desarrollar ante vuestros ojos un cuadro sangriento, en que por do quiera descubririais cadalsos y ostracismo, acinados cadáveres de hermanos mutilados y sacrificados por sus mismos hermanos, charcos de sangre española vertida por españoles, montones de escombros que sepultaban nuestra industria, nuestra marina, nuestro comercio, y os haria observar esta horrible pintura al resplandor rojizo de nuestros hogares incendiados, para poderos decir como Virgilio á los Romanos: *En quo discordia cives perduxit.* (1) Ved ahí, Españoles, la obra de vuestras manos, el abismo á donde os ha conducido la discordia. Vuestra vista se apartaria con horror de aquel lienzo fatal, y al volveros á otro lado para buscar descanso, yo descorreria el velo que cubre la plácida y tranquila estátua de la paz, señalaria con el dedo su belleza, y estoy seguro, vosotros la adorariais, y escuchariais con placer las ventajas de su posesion.

Pero éste como he dicho, seria el lenguaje y las pruebas del repúblico, del político: yo debo buscar-

(1) Eclog. 1.^a

las en terreno mas elevado, el Ministro del Evangelio debe huir siempre de la arena candente de la política, su mision no es encender las pasiones, sino calmarlas; no busca la razon de los acontecimientos, ni en las causas, ni en los efectos, ni en las personas inmediatas; precedido de la antorcha luminosa de la fé se remonta en pós de ella hasta el trono de la Providencia, las busca en sus arcanos sublimes, y su deber es presentarlas á los creyentes, como avisos del cielo, como castigos de su justicia, como testimonio de su piedad; porque Dios lo ha dicho, todo bien escelente, y todo don perfecto tiene su origen en el cielo y desciende del Padre de la luz, en el cual no hay mudanza, ni aun sombra de vicisitud. Los hombres sin saberlo, sin pensarlo han contribuido y contribuirán siempre á llenar esos designios providenciales, y hasta los mas incrédulos y poderosos, han tenido que humillarse bajo la mano potente de de Dios, y cumplir la mision que les habia señalado.

Vosotros teneis esta conviccion profundamente arraigada en vuestra alma, y la solemnidad de hoy, esta accion de gracias á la SANTÍSIMA VIRGEN es la mejor prueba. En vuestro justo entusiásmo nacional no escaseais los elogios ni los testimonios de gratitud y admiracion al esforzado Caudillo y Generales, que con tanto arrojo como pericia han sabido conducir á nuestros bravos de victoria en victoria; y prodigais los obsequios, los laureles y coronas para esos Soldados heróicos, que en medio de todas las contradicciones no han sabido mas que luchar y vencer; pero al mismo tiempo conociendo que la victoria es un don del cielo, *de cælo victoria est*, que la paz es uno de los mas grandes beneficios que puede dispensarnos, y siguiendo la fé de nuestros mayores, venis á tributar acciones de gracia á la SANTÍSIMA VIRGEN porque á su

intercesion creéis que se debe la paz, consecuencia inapreciable de aquellas victorias. ¡Ah cuanto gozo derrama en los corazones cristianos esta fé! ¡Con cuánto placer vengo como S. Pablo, (1) *simul consolari in vobis*, á regocijarme con vosotros por esta fé, que es la vuestra y la mia! A creer como vosotros, que esa Madre de misericordia, esa celestial PATRONA de nuestros ejércitos, guiaba á nuestros valientes á la victoria, presidia nuestros consejos para la paz!

Apoyado pues en esta fé, en esta piedad nunca desmentida en el pueblo Español, me propongo en mi discurso escitarla mas y mas, para que rogueis á esa SEÑORA, nos conserve la paz que debemos á su proteccion, contribuyendo todos á que produzca los frutos que deseamos, conduciéndonos como cristianos, como Españoles, *Servabis pacem, pacem, quia in te speravimus*.

Tan interesante y tan digno de vuestra atencion es el asunto propuesto, como escasa la ilustracion y pequeñas las fuerzas del que tiene la mision de anunciároslo, pero en él está interesada la gloria de Dios y la felicidad y porvenir de mi pátria querida, y ese Señor Sacramentado suplirá lo que á mi me falta, y dispondrá vuestro corazon con su divina gracia, que humildemente imploramos por la intercesion de nuestra PATRONA diciéndola. **AVE MARIA.**

(1) *Simul consolari in vobis, per eam quæ invicem est, fidem vestram atque meam. Epist. ad Rom. cap. 1. v. 12.*

Servabis pacem; pacem, quia in te speravimus etc.

Conservarás la paz etc.

NADIE puede dudar que la guerra es un azote terrible del cielo, uno de los que mas afligen y trabajan á la humanidad, y que va siempre acompañado de la desolacion y de la muerte. Como tal la anunciaron los Profetas para llamar los pueblos á penitencia; como tal vió S. Juan en el Apocalipsis aquel caballo rojo, á cuyo ginete se dijo: quita la paz de la tierra, para que los hombres se maten unos á otros, (1) y la experiencia de todos los siglos ha demostrado al mundo á costa de muchas lágrimas, que las guerras, como la lava ardiente que vomitan los volcanes en sus espantosas erupciones, van siempre precedidas y acompañadas del terror y de la muerte, y dejan siempre en pós de sí las ruinas y la esterilidad. Sin embargo, las guerras como tésis general no pueden condenarse, son una gran calamidad, pero calamidad providencial, puesto que Dios prescribió á su pueblo que las hiciese para domar y aun esterminar á las naciones que le impedian su paso por el desierto, ó le disputaban la posesion de la tierra prometida. Dios mismo auto-

(1) Et exivit alius equus ruffus, et qui sedebat super illum, datum est ei ut summeret pacem de terra, et ut invicem se interficiant. Apocal. S. Joann. Cap. 6. v. 4.

rizó sus sangrientos estragos, y muchas veces envió su Angel exterminador, que ó deguella en una sola noche ciento senta mil Asirios, (1) ó se pone al frente del ejército como en tiempo de los Machabeos, sembrando el terror y la muerte entre los enemigos, (2) ó los induce á que se destrocen á si mismos como en tiempo de Samuel, (3) ó los desorganiza y vence por un medio extraordinario como en tiempo de Judith. (4)

Cuando las guerras están apoyadas en la justicia del derecho, y en la independencía de las naciones; cuando los gobiernos que han de hacerlas están convencidos de que Dios puede igualmente dar la victoria á los muchos ó á los pocos, y que no en la multitud de los soldados, sino en la virtud del cielo está el éxito de la guerra; (5) cuando no confían esclusivamente en sus fuerzas materiales, é imploran humildes el auxilio de Dios, éste las ha protegido visiblemente, y nuestra España tiene en su historia tantas pruebas de esta verdad, que muchos volúmenes no bastarian á contener, no digo su detallada narracion, pero ni aun su sucinto catálogo. Fuertes en su derecho los Españoles de todos tiempos, encastillados en su honor y en su independencía nacional, con la conciencia de su arrojo y valor indomable, no contaron nunca el número de sus enemigos, pero tampoco confiaron solo en estos poderosos elementos

(1) Lib. IV. Regum. Cap. XIX. y. 35.

(2) Lib. II. Machabæor. Cap. XI. y. 8.

(3) Lib. I. Regum. Cap. XIV. y. 20.

(4) Lib. Judith. Cap. XIII.

(5) Facile est concludi multos in manus paucorum; et non est differentia in conspectu Dei liberare in multis et in paucis, quoniam non in multitudine exercitus victoria belli: sed de cælo fortitudo est. Lib. I. Machabæor. Cap. III. y. 18. et 19.

de guerra, sino que siempre buscaron primero el amparo de Dios, siempre imploraron la proteccion de MARÍA y siempre esta Madre de amor, siempre esta PATRONA clemente ha ido delante de nuestras banderas, su santo nombre y el del Monarca han sido nuestro grito de guerra, y MARÍA era el aliento del valor, el laurel de la victoria, el iris de la paz, y el objeto de nuestra gratitud, á cuyos pies consagraban despues los trofeos de sus victorias. Recorred los templos dedicados á la SANTÍSIMA VIRGEN, entrad en Madrid en el de Atocha, y allí vereis escrita en los despojos de guerra, en los pendones arrancados por nuestro valor de las manos del enemigo, la historia de nuestros triunfos, que es al mismo tiempo el catálogo de los milagros de MARÍA. Desde Cobadonga hasta Granada, desde el Pirineo hasta el Calpe apenas hay un templo, una ermita, una imágen de esta SEÑORA, que no nos recuerde una victoria, que no señale un triunfo alcanzado bajo su nombre.

Mas no tengo necesidad de buscar pruebas en los tiempos pasados; la guerra de Africa, por cuya feliz terminacion damos hoy gracias á nuestra PROTECTORA y PATRONA, es la mayor prueba de la proteccion del cielo, del empuje invencible de nuestras armas, y de nuestro heróico valor bajo los auspicios de la VIRGEN. Esta guerra ha sido el epilogo de todo lo grande, todo lo honroso, todo lo generoso y cristiano de esta nacion tan fuerte como católica. La Europa ha reconocido la justicia con que la emprendimos, la posteridad nos la hará cumplida. Una nacion feroz y semi-salvaje, se atrevió á insultar nuestro pabellon, y á arrojar por el suelo las armas de Castilla: la ofensa exijia reparacion, y no habiéndola obtenido pacífica, al rugido del leon castellano todos los pechos se volcanizan, todos los corazones laten, to-

das las almas se agrupan, todas las manos se arman, y al recuerdo del trono de ISABEL II ofendido, y de la patria ultrajada, no hay un Español que no quiera ser un soldado, no hay un soldado que no ambicione ser un héroe. Ni lo crudo de la estacion le detiene, ni el mar embravecido le aterra, ni el clima mortífero de unas playas inhospitalarias le acobarda, ni las dificultades le empecen; la patria de los Cides y los Cisneros, de los Afonsos, Fernandos é Isabelas ha sido insultada, los pechos castellanos no permiten manchas en su limpio y siempre preciado escudo, y vuelan á lavarlas con sangre agarena.

¡Pero notadlo bien, porque es muy consolador consignarlo! En medio de este entusiasmo general, nuestras tradiciones cristianas, nuestras creencias piadosas, nuestra confianza en la SANTÍSIMA VIRGEN sobresale, su proteccion se reputa como el mejor preparativo de guerra, como la mas segura prenda de victoria. Señores, con cuánta fé y cuánta confianza, nosotros mismos, reunidas todas las clases, el Gobierno y el pueblo, el Clero y el Ejército, la Magistratura y el Comercio nos agrupamos á los pies de nuestra PATRONA implorando su auxilio para nuestras armas espedicionarias! ¡Con qué alegría, con qué enternecimiento no vimos entonces, y aun recordamos hoy á nuestra piadosa y Católica REINA colocar sobre el pecho del invicto General en Gefe las imágenes milagrosas de MARIA como la mejor defensa, como el mas seguro preservativo contra los azares de la guerra! ¡Ah! Y estoy seguro que no hubo un soldado en quien su Madre, su Esposa, su hermana, ó su persona mas querida no repitiesen esta misma escena conmovedora, estoy cierto que no habria un soldado entre nuestros valientes de Africa, que no llevase sobre su corazon de leon el Rosario, el Escapulario, ó la medalla de

MARÍA, y que su dulce y Santo nombre precedería siempre al grito de guerra en los combates, y saldría del corazon y de los labios de los heridos y moribundos, como la última espresion de su sacrificio y su esperanza, como el único lenitivo de su dolor.

¿Y la proteccion del Dios de los ejércitos, la intercesion de nuestra PATRONA han corespondido á esta fé del pueblo Español? ¿Nuestras esperanzas se han realizado? Hoy lo podemos decir muy alto, la bondad de Dios, los beneficios de su Madre Santísima, han ido mas allá de nuestros cálculos, han sobrepujado nuestros deseos. Todo, Españoles, todo ha quedado altamente satisfecho. La antigua fama y poderio de nuestra nacion ha renacido pujante, como el fenix de sus cenizas; nuestro orgullo nacional no tiene nada que envidiar á las naciones mas poderosas; el valor de nuestros soldados, coronado de laureles, se pasea hoy triunfante por Europa arrebatando la admiracion y el respeto de cuantos le han observado; el acierto, la inteligencia la pericia y bravura de los Generales ha rayado en lo fabuloso, nuestro estandarte ha flotado triunfante en las crestas de Sierra-Bullones, sobre Monte-Negron y Cabo-Negro, sobre Tetuan y su Alcazaba, los sectarios del Islamismo, los semi-salvajes de Marruecos han mordido la arena de sus playas; sus negros ginetes y ligeros caballos, numerosos como la langosta, feroces como manadas de chacales, han huído ante las bayonetas de nuestros Cazadores, y sus Príncipes, vencidos en veinte y tres combates y dos sangrientas batallas, han caído humillados á los pies de nuestra REINA para pedirla la paz, y pedirla con instancia.

Mas, aun no está completo este magnífico y sorprendente cuadro de nuestro valor y grandeza. Nuestros Soldados compasivos y generosos despues de la

victoria, dando el pan de sus morrales á los prisioneros, la galleta de su racion á los desolados moradores de Tetuan, consolando á los heridos, salvando y respetando los ancianos, las mugeres y niños, de aquellos mismos que no querian respetar ninguna ley humanitaria, que ante sus mismos ojos habian mutilado y destrozado á sus compañeros; se han elevado á una altura, que mas que la admiracion, arrebató el respeto, á la corona de la victoria, han unido la aureola de la religion, entre los laureles del triunfo que orlan su frente, han hecho brillar el oriflama de la caridad, han demostrado que el verdadero valor va siempre unido á la generosidad; que los Españoles, tan valientes como nobles, tan bravos como ilustrados y cristianos, tienen profundamente arraigada en su corazón la ley de Dios, los consejos del Evangelio, y practicaban entre el estruendo del cañon aquella consoladora y caritativa máxima de Jesucristo: amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, (1) y demostraban practicamente que esta máxima sublime de caridad puede cumplirse hasta con placer en medio de los combates. ¡Oh feliz Religion Cristiana! ¡Cuán grandes y apreciables son los que te practican!

Y sin embargo, Señores, en medio de tantos triunfos y tanta gloria, en medio de tantas proezas y tantas acciones nobles y generosas, aun con las señaladas ventajas que diariamente conseguimos, no temo asegurarlo, la continuacion de la guerra era una calamidad, una gran calamidad como lo son siempre las guerras. Preguntad á las Madres, á las Esposas, á las hijas de esos mismos valientes, que

(1) Diligite inimicos vestros, benefacite hiis; qui oderunt vos. *Evang. Math. Cap. V. N. 44.*

tan generosamente derramaban la sangre que absorbían con avidez aquellas tostadas arenas, y ellas os dirán: ¡bendita sea la paz! porque durante la guerra sobre nuestro corazón pesaba siempre como una losa sepulcral la idea de la muerte; nuestros ojos lloraban sin tregua, nuestro pan se humedecía con las lágrimas que volvíamos á tragar mezcladas con nuestra bebida; nuestros ensueños eran sangrientos y fatídicos, la ansiedad oprimía nuestra respiración, y nuestra fatiga no podía encontrar reposo; nuestro único consuelo era ofrecer en aras de la patria los pedazos de nuestro corazón, y caer de rodillas ante las imágenes de MARÍA repitiendo siempre: salvadlos, dadnos la paz, madre de clemencia. Pero vosotros lo sabéis, la sangre de nuestros bravos no se escaseaba, la enfermedad diezaba nuestras filas, la vida del campamento, vida llena de peligros, de privaciones y trabajos, tenía que prolongarse en un clima insalubre, en un país desierto, entre las emanaciones fétidas de las lagunas, y espuestos á los rayos de un sol abrasador, de una temperatura sofocante: los brazos de los que allí caían exánimes, eran arrancados á nuestra agricultura, á nuestra industria; los tesoros que allí se derramaban, eran los destinados al desarrollo de nuestra prosperidad interior; los genios que allí sucumbían, eran arrebatados quizá al porvenir de nuestras ciencias y artes, y una peste, muy posible, hubiera podido eclipsar en muy pocos días todas nuestras glorias, marchitar todos nuestros laureles.

¿Y un poco más de terreno, algunas ventajas más, podrían indemnizarnos de tantas pérdidas, de tamaños sacrificios? ¿Los más alagüenos cálculos para el porvenir bastarían á recompensarnos de la sangre de uno solo de nuestros valientes, de las lágrimas de mil y mil familias? Yo creo que no, Se-

ñores, y borrada nuestra injuria, alcanzada tanta gloria militar, indemnizados racionalmente nuestros gastos, humillados los fanáticos sectarios de la media luna, hasta besar el escabel de nuestro trono, creo, que la paz que hoy celebramos, es un gran bien, es un inmenso beneficio que debemos á la clemencia de Dios, y á la intercesion poderosa de nuestra PATRONA. Es un gran beneficio, sí, porque solo en la paz alcanzan verdadera prosperidad y grandeza las naciones; solo á su sombra benéfica crecen y se desarrollan todos los intereses legítimos, se hacen las reformas útiles, se asegura la moralidad, y se verifica aquel vaticinio de David: *justitia et pax osculatæ sunt*, la paz y la justicia se dan el ósculo amistoso, (1) la paz, que es el gran deseo del Catolicismo, el gran problema que se afana por resolver la civilizacion moderna. La paz, que es la palabra celestial que parece encerrar como en un paréntesis divino la vida entera de Jesucristo, el alfa y omega de su penosa pero salvadora mision entre los hombres: la paz anunciaron los ángeles en su nacimiento, (2) la paz sea con vosotros, (3) fué su primer deseo, su primera palabra despues de su resurreccion, la paz fué su tierna despedida para subir á los cielos, *pacem relinquo vobis*, (4) y la paz es el mas relevante testimonio de su amor, y de la proteccion de MARÍA, que hoy la ponen en nuestras manos para que la utilicemos agradecidos, para que tengamos abierto y franco el camino de la prosperidad temporal, de la felicidad eterna.

Sí, de la prosperidad y de la felicidad. Porque si esta nacion noble y magnánima tras un periodo

(1) Salmo. LXXXIV. — v. — 11.

(2) Et in terra pax hominibus. Evang. Luc. Cap. II. v. 14.

(3) Pax vobis. Evang. Luc. Cap. 24. v. 36.

(4) Evang. Joann. Cap. XIV. v. 27.

tan largo de desastres, de guerras extranjeras y civiles, de reacciones lamentables, se ha levantado tan esforzada é imponente, y se ha conquistado en una sola campaña la admiracion y respeto del mundo, ¿qué sería, á qué altura no podría elevarse en una larga paz sostenida por la moralidad y virtudes de sus hijos? ¿A quién podríamos envidiar, si imitando á nuestros valientes de Africa, tuviésemos en la paz igual entusiasmo, igual union, igual abnegacion y constancia á la que ellos han tenido en la guerra? Y creedlo oyentes, necesitamos tener estas virtudes pacíficas, si esa gloria, á costa de tanta sangre y sacrificios adquirida, no ha de eclipsarse, si esos laureles que han conquistado para la pátria no han de marchitarse, si no hemos de hacernos indignos de ese don del cielo, por el cual hoy rendimos acciones de gracias á la SANTÍSIMA VIRGEN. Esa gloria de la guerra sería inútil, infecunda sin nuestras virtudes, y la fé de cristianos de que nos gloriamos, y el nombre de Españoles, de que nos envanecemos, y el amor pátrio de que blasonamos, raclaman de nosotros las virtudes de la paz, que para los cristianos (como dice S. Leon Papa) (1) viniendo del cielo, y encaminándose al cielo, no permite mezcla alguna con los amadores del mundo, con los sectarios de los vicios, con los corruptores del corazon. Y esto es exacto, cristianos, la falta de virtudes ha eclipsado y destruido las mayores glorias militares. Grande, inmensa fué la gloria y poderio de los Egipcios, Medos y Persas, y sus vicios borrarón del mundo hasta

(1) Pax autem spiritualum et Catholicorum à supernis veniens, et ad superna perducens, cum amatoribus mundi; nulla nos vult commuacione misceri, S. Leo. Pap. I. Sermo. de Nativ. Dñi.

la memoria de los imperios que la adquirieron. Extraordinaria fue la gloria militar de los Romanos, y su inmoralidad en la paz, el cinismo de sus costumbres, y la impureza de sus bacanales, arrancaron de sus manos impuras, despues de hacerlos trizas, los cetros de oriente y occidente. Señora de las gentes llamaron los Profetas á Jerusalem, y sus pecados arrancaron hasta sus cimientos para que no quedase piedra sobre piedra de aquella hermosa Ciudad. Honrosísima fue la gloria guerrera de los cruzados dueños ya de la ciudad Santa, y á su inmoralidad atribuye S. Bernardo, la derrota de sus huestes y la pérdida de la corona que no supieron sostener.

Luego la gloria de los combates se mantiene con las virtudes, se fecundiza con la moralidad, se arraiga con la justicia. Hipócrita y vanamente ponderará su españolismo el que arroje el fango corrompido de sus crímenes en el terso espejo de nuestra gloria militar; el que empañe su envidiable brillo con delitos que envilecen al que los comete, y son la vergüenza de los pueblos que los presencian. En vano blasonará de su religion y de su amor pátrio, el que impellido por pasiones innobles, por intereses mezquinos, por miras villanas, arme su brazo ingrato contra la madre pátria, arrojando en su seno la tea incendiaria de la discordia, y rasgando su pecho con disensiones, en que el que cae, cae mancillado y sin honor, en que la sangre se vierte con ignominia, en que el crimen busca la impunidad, y en que aun el vencedor que ha sembrado llanto y horrores no puede recoger mas que maldicion é inquietud, ni ha proporcionado á su pátria mas que ruinas y llanto. Este no podrá llamarse Español, no podrá llamarse cristiano, porque nuestro Dios, como dice S. Pablo: no es Dios de discordia, sinó de paz,

non enim est disensionis Deus, sed pacis, (1) y solo la concede abundante á los que aman su ley, y no se escandalizan de ella. (2)

Hoy pues que la bondad inmensa de Dios y la intercesion de nuestra Santísima Madre nos han concedido el don inapreciable de una paz honrosa, despues de una campaña sembrada de laureles y coronas, que tanto nos enaltece, envidiemos esa inmarcesible gloria militar, pero no la cedamos toda á los bravos que la han alcanzado, porque tambien nosotros somos Cristianos y Españoles y debemos como tales contribuir al sostenimiento y brillo de esa gloria. En esas banderas, de que hoy pendén mil coronas de triunfo, está la cruz, las armas y colores nacionales, que simbolizan la religion, la pátria, el trono; que nos recuerdan nuestros deberes como cristianos, como españoles, como monárquicos; que nos señalan los objetos venerandos que nos están encomendados. Estos son los puntos de reunion donde nuestras virtudes cristianas, nuestro patriotismo, y nuestras nobles aspiraciones encontrarán ancho campo para correr tras de la gloria, donde se sostendrá pura é ilesa la que han alcanzado nuestros bravos guerreros. Agrupados en torno de esa enseña nacional, es donde debemos esforzarnos para añadir brillo á los laureles que cubren su hasta, para colgar tambien nosotros de su lanza todas las ricas preseas que hacen grandes y envidiables á las naciones; al mismo tiempo que humillados ante los altares, donde se ostenta triunfante la cruz de nuestra redencion, imploramos perdon y paz; para que florezcan las virtudes cristianas, que son el

(1) S. Paul. Epist. ad Corinth. 1. Cap. 14. y. 33.

(2) Pax multa diligentibus legem tuam et non ut illis scandalum. Psalm. CXVIII. y. 165.

mejor sosten del orden, la seguridad de los tronos, la prosperidad de las sociedades.

La religion y la pátria se aunan hoy para despertar en nosotros con motivo de la paz los sentimientos verdaderamente nobles y elevados, á todos nos llaman, á todos nos admiten á contribuir á su gloria. El menestral con su honradez y su amor al trabajo, la clase media con su laboriosidad y adelantos, el comercio con su buena fé en los contratos, la magistratura con su inflexible imparcialidad y recta administracion de justicia, las autoridades con su moralidad y su celo infatigable, el clero con su ejemplo y su doctrina evangélica, todos con las virtudes cristianas podemos colgar laureles y coronas en los nobles pendones de Castilla, todos estamos obligados á hacer fecunda en prosperidad y dicha esa paz que hoy agradecemos, que hemos alcanzado por la misericordia de Dios, por la intercesion de nuestra PATRONA, por la bravura de nuestros soldados; todos podemos contribuir como aconsejaba S. Pablo: *solicite servare unitatem spiritus in vinculo pacis*, (1) á conservar con afan la unidad de espiritu en el vínculo de la paz; la unidad religiosa, la unidad nacional, la unidad de intereses y miras en ese vínculo dulce y apacible de la paz y de la caridad cristiana. ¡Ah! Señores, entonces sí que seremos verdaderamente grandes, entonces sí que estaría completamente justificado nuestro orgullo nacional, pudiendo repetir como de Jerusalem *hæccine est urbs perfecti decoris, gaudium universæ terræ*, (2) esta es la nacion completa en su decoro, gozo y admiracion de todo el mundo. Entonces sí que veríamos desarrollado ante

(1) S. Paul. Epist. ad Ephes. Cap. IV. v. 3.

(2) Thren. Jerem. Cap. II. v. 15.

nuestros ojos el alagüeño panorama de nuestra felicidad, abrazada la paz y la justicia, respetada nuestra patria, y risueño y tranquilo nuestro porvenir.

Y lo será, Señores, si nosotros nos proponemos ser de hoy en adelante verdaderos Cristianos, verdaderos Españoles, porque lo espero todo de la clemencia de Dios, de la proteccion de nuestra PATRONA y abogada cuya misericordia no tiene limites, cuyos tesoros jamás se agotan; y de nuestra religiosidad y patriotismo, que amaestrado por una larga y dolorosa esperiencia, contemplando con horror el rastro fúnebre y sangriento que dejan en pós de sí nuestras discordias civiles, y en vista de los desastres que llevan consigo hasta las guerras mas gloriosas, procuraremos utilizar la paz que hoy nos concede el cielo, arrancando y arrojando de nuestro corazon hasta las semillas del odio, de la venganza y de los enconos perjudiciales de partido, uniéndonos todos por los vínculos de la fraternidad y caridad cristiana, en una fé, en una patria, en un mismo corazon, en Dios.

Y vos PATRONA y MADRE amorosa, dignaos escuchar las humildes súplicas de este pueblo cristiano y devoto, que clama á vuestra piedad: *servabis pacem, pacem, quia in te speravimus*, conservadnos la paz que acabamos de conseguir, porque esperabamos en vuestra proteccion: *Servabis pacem*, conservadnos la paz de que tanto necesita esta nacion trabajada, para ser digna de vuestro especial y nunca desmentido cariño; no mas discordias, no mas encono en los partidos, no mas sangre, MADRE mia, no mas sangre, no mas llanto ni lágrimas para los Españoles, sino paz, VIRGEN SANTA, paz para la Iglesia, paz pública, paz en las familias, paz en las conciencias, paz para todos, para que os alaben y bendigan en la tierra y disfruten eternamente de la paz inalterable de la gloria. Q. A. T. D.

nuestros ojos el albedano parame de nuestra solici-
 dad, abata de la paz y la justicia. Respetada nuestra
 patria, y nuestro y tambien nuestro honor.
 Y lo sera, Señores, si nosotros nos propinemos
 sea de los entes de los verdaderos cristianos, verda-
 dero españoles, porque lo espero todo de la cle-
 mencia de Dios, de la proteccion de nuestra Patrona,
 y abogada cuya misericordia no tiene límites, cuyos
 brazos para ser amados, y de nuestra religiosidad
 y patriotismo, que me encendido por una fe y docto-
 rios españoles, contemplando con horror el estado
 de las cosas, y con tanto que dejan en paz de si nuestras
 desdichas civiles, y en vista de los desastres que
 llevan consigo hasta las guerras mas gloriosas, por
 quienes usamos la paz que nos concede el cielo,
 y arrojando de nuestro corazón hasta las
 semillas del odio, de la venganza y de las enconas
 partidistas de partido, matigados todos por los
 vínculos de la paternidad y caridad cristiana, en
 unido, en una parte, en un mismo corazón, en los
 Y los Señores y Señoras, dignos es-
 tar las humildes súplicas de este pueblo cristiano y
 devoto, que quiere a vuestra piedad y caridad buena,
 pronta para en las guerras, conservados la paz
 que nos viene de consueño, porque respetados en
 nuestra protección caridad por un conservados la paz
 de que tanto necesita esta nación trujada, para ser
 digna de vuestra especial y amor de nuestro cariño,
 no mas de caridad, no mas amor en las partidas, no
 mas guerra, ni mas paz, no mas guerra, no mas
 paz, ni guerra para los españoles, sino paz. Y una
 paz para la patria, paz pública, paz en las
 cosas, paz en las conciencias, paz para todos, para pro-
 ceso de paz y bondad en la tierra y destino glorioso
 de la paz inalterable de la gloria. A. T. D.

